ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

ABUSO
DE CONFIANZA

JUGUETE

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON JUAN CUESTA Y ARMIÑO.



MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1883.

AUMENTO Á LA ADICION AL CATÁLOGO PUBLICADA EN 1.° DE JUNIO DE 1883.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion.
»	»	Adios mi renta	1	D. Enrique Prieto	Todo.
»	»	Aguas minerales. s. o. v	1	Javier de Búrgos	»
1	1	Azuqueca, dos minutos!	1	Sres. Casañ y Romea	»
6	»	Barro y cristal	1	D. Cesar Gginacoi	»
2	3	Buenas noches señores	1	Miguel Casan	»
»	»	Casi... casi	1	Felipe Perez Gonzalez	»
3	2	Con luz y á oscuras	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
4	2	Coquetina-j. o. v	1	Francisco S. Godo	»
2	3	Correo de la Habana-c. o. p	1	Mariano Pina	»
»	»	Dos y dos... dos	1	Juan Chazarri	»
6	1	El arca de Noé	1	Vicente Guillen	»
»	1	El dedal de plata, monólogo- o. v.	1	Manuel Reina	»
3	1	El loco, de locos habla	1	Miguel Mendez Alvarez	»
»	»	El maestro Palomar	1	J. Redondo y Menduiña	»
3	2	El oso y el centinela	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
3	2	El sobrino aparecido	1	J. G. y E	»
7	3	Gabinetes particulares	1	Mariano Barranco	»
»	»	Jesús, Mariquita y Pepe	1	José Acuaviva	»
3	4	La calle de Toledo-j. o. v	1	José Lopez Silva	»
»	»	La mona de mi vecina	1	José Acuaviva	»
14	2	Las bodas-m. o. p	1	Francisco Cid Rodriguez	»
»	»	Los bolsistas	1	J. Redondo y Menduiña	»
6	2	Los dedos huéspedes	1	Baron de Córtes	»
7	7	Madrid-Zaragoza-Alicante	1	Mariano Pina Dominguez	»
5	3	Mapa-Mundi	1	F. Flores García	»
»	»	Marron glacé	1	Mariano Barranco	»
2	2	Mellizos-c. o. v	1	Francisco J. Godo	»
»	»	Mi retrato	1	Francisco Macarro	»
3	2	Paso atrás	1	Ramon Marsal	»
»	»	Pólvora en salvas	1	E. Aulés	»
1	2	Querer rabiando	1	E. B	»
»	»	Sanguijuelas del Estado	1	Ricardo de la Vega	»
1	2	Sustos y enredos	1	José Acuaviva	»
2	3	Tiquis, miquis	1	Vital Aza	»
»	»	Tot cor	1	E. Aulés	»
4	»	Tragedia y melodía	1	Miguel Mendez Alvarez	»
3	1	Un amor improvisado	1	Ricardo Gomez	»
3	»	Un artista á la moderna	1	Manuel Moreno	»
2	2	Un marido impertinente-j. o. v	1	Sres. Godo y Rabola	»
2	2	Un matrimonio á muerte	1	D. Pedro Escamilla	»
»	»	Un año más (Revista)	1	Vital Aza	Mitad.
3	2	La suegro-fobia	2	Francisco Macarro	Todo.
»	»	Suegro, padre y alguacil	2	Eduardo Sanchez Castilla	Mitad.
»	»	Con las armas de su honor	3	Juan Chazarri	Todo.
3	5	Arturo	3	Valentin Gomez	»
7	5	Demi-monde-c. t. p	3	Luis Valdés	»
5	3	El roble herido	3	Valentin Gomez	»
»	»	La taberna (L'assommoir	3	Mariano Pina Dominguez	»
»	»	La cola del gato. (Mágia)	3	Mariano Pina Dominguez	»
5	4	La Pasionaria	3	Leopoldo Cano	»
6	3	Las dos Ineses	3	E. B	»
8	4	Las violetas de fuego. (Mágia)	3	Juan J. Chazarri	»
»	»	Luhcas titánicas	3	Pedro Marquina	»

ABUSO DE CONFIANZA.

4229

ABUSO DE CONFIANZA,

JUGUETE

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON JUAN CUESTA Y ARMIÑO.

Estrenado con éxito en el Teatro de la COMEDIA el 29 de Octubre de 1883.



MADRID.—1883.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, *n.°* 18.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELVIRA	SRA. GORRIZ.
CATALINA	SRA. GUERRA.
CÁRLOS	SR. ROMEA.
DON LEON	SR. ROSELL.
PRUDENCIO	SR. LA HOZ.

La accion en Madrid.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

Despacho elegantemente amueblado. Puertas á la derecha del espectador; á la izquierda una puerta en primer término y en segundo un balcon. Mesa de despacho en el fondo: velador hácia el proscenio con libros y papeles. Sillas y butacas por la escena.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS sentado junto al velador y con un libro en la mano.

«La mujer calla ó tal vez finge porque desconfía; no debemos nosotros entrar en la indagacion de por qué desconfía: sería tirar piedras á nuestro tejado y es de vidrio.» (Deja el libro.) De todo lo cual se deduce que la mujer calla lo que le conviene, y finge y desconfía por naturaleza. ¡Bah! ¡bah! Si cada hombre escribiera un tratado sobre la mujer, no habría dos iguales. Don Severo Catalina llegó á entusiasmarme con su libro; pero veo que está poco mas ó ménos tan defectuoso como los demás. Cada mujer es una edicion distinta de todas las otras. Á la mia le ha dado por ser celosa sin el menor fundamento; celosa y exigente hasta el extremo de tener que ocultarle las más inocentes acciones. Hoy, por ejemplo, para poder ir al Escorial, donde mi amigo Espinares da una comida de campo, me veo en el caso de engañarla diciéndole que tengo vista en la Audiencia, y que comeré con mi defendido. Para que

no sospeche iré de levita. ¡Oh! pero pasaré un dia delicioso!... segun noticias, el bello sexo será abundante y escogido... ¡Si Elvira lo supiera!... Pasar el dia de campo es para ella un caso de infidelidad conyugal.

ESCENA II.

CÁRLOS y PRUDENCIO.

PRUD. (Con una carta en la mano.) Esta carta.

CÁRLOS. ¿Á ver? (Leyendo el sobre.) «Calatayud...» Ah sí; es de mi amigo Tomás. (Á Prudencio.) Espera. (Rompe el sobre y lee la carta por encima.) ¡Eh! como siempre. Dice que no tengo razon para quejarme de mi mujer, y que me he forjado un ideal como el que don Severo Catalina pinta en su libro. Tal vez tenga razon. (Deja la carta en el velador. Á Prudencio.) Mira; hoy, cuando vayas á llevarme la toga á la Audiencia, escóndela en cualquier parte... porque no voy allí. ¿Entiendes? Y... silencio! (Señalando á la puerta de la izquierda.)

PRUD. Está muy bien. (Váse derecha. Dá una media el reloj que habrá sobre la chimenea.)

CÁRLOS. Las ocho y media, y el tren del Escorial sale á las nueve y quince. Apenas me queda ya tiempo. (Se levanta rápidamente, se pone el sombrero y coge el baston que coloca debajo del brazo.)

ESCENA III.

CÁRLOS y ELVIRA.

ELVIRA. ¡Hola!... ¡Vas á salir tan temprano? ¿Qué novedad ocurre?

CARLOS. Ninguna... que yo sepa.

ELVIRA. (Sigue inquieto y preocupado.) Como te veo tan dispuesto creí...

CARLOS. Dispuesto?... como siempre.

ELVIRA. Como siempre no, nunca sales á estas horas.

CARLOS. Quiero decir, como siempre que tengo que salir. (Vá

distraido de un lado á otro de la escena como buscando algo.)

ELVIRA. (Me confirmo en mi sospecha.) Te pasa algo?

CARLOS. Á mí? Nada.

ELVIRA. Dime la verdad.

CARLOS. Nada, hija, nada. (Mirando al reloj.) (Las nueve menos veinticinco. Pero dónde habré puesto mi sombrero?)

ELVIRA. Tienes hoy vista?

CARLOS. Hoy? ya lo creo: como todos los dias. Gracias á Dios no estoy delicado de un órgano tan esencial. ¿Lo dices porque no encuentro mi sombrero, ó crees que no he reparado en tu vestido? Pues le he visto y te sienta muy bien. (Sigue buscando el sombrero.) Es de mucho gusto. (¡Diablo de sombrero! Las nueve menos veinte!)

ELVIRA. Lo ves... (Siguiendo con la vista sus movimientos.) Lo ves... como estás alterado? Buscas el sombrero y le llevas en la cabeza; dices que mi vestido es nuevo y le estrené al dia siguiente de nuestra boda; te pregunto si tienes vista en la Audiencia y respondes que vés perfetamente. Cárlos, tú traes algo entre manos que me ocultas.

CARLOS. (Reparando que tiene bajo el brazo el baston que buscaba.) (El baston.) Pues hija, creí que te había dicho que hoy tenía vista y muy importante.

ELVIRA. Pero á estas horas?

CARLOS. (Mirando el reloj.) Justamente. Ántes de las nueve tengo que ver al abogado de la parte contraria, y despues almorzaré con mi defendido. Conque... hasta luégo querida mia. Te aseguro que como haga hoy todo lo que me he propuesto volveré molido.

ELVIRA. Tú me engañas, Cárlos.

CARLOS. ¿No me conoces aún?

ELVIRA. Te conozco demasiado para comprender que hoy no eres el de siempre.

CARLOS. Sí, hija mia, el de siempre: Cárlos Moncada, casado y mayor de edad. ¡Sobre todo, casado!

ELVIRA. Empiezas á arrepentirte?

CARLOS. (¡Se aguó la funcion!) Sí, me arrepiento de haber hecho caso de tus preocupaciones y caprichos. Es tiem-

po de que cese tan irritante dominacion.

ELVIRA. Está bien, muy bien. Ya era hora de hablar claro.

CARLOS. (Qué tarde!) Hoy saldré contra viento y marea. (Dirigiéndose al fondo.)

ELVIRA. Me atrevo á asegurar que el abogado, la Audiencia y la parte contraria son hoy otros tantos pretextos.

CARLOS. Tengamos la fiesta en paz.

ELVIRA. Pues dime dónde vas.

CARLOS. Eres irresistible. Te aseguro que si hubiera conocido tu carácter á tiempo... Acabemos; me marcho.

ELVIRA. Está bien, el despotismo no escucha razones.

CARLOS. Justo es que alguna vez haga yo mi voluntad.

ELVIRA. Eso es; sin consideracion, sin miramiento. Dé usted rienda suelta á esa vida de libertinaje que bulle en su cabeza y que acaso no ha practicado por mi contínua vigilancia.

CARLOS. Habrá muchos maridos que sufran esto? ¿Y á semejante infierno llaman el estado natural del hombre? Y dice don Severo Catalina que casarse es adquirir lo santa libertad. (Cerca de las nueve ¡Ya no voy á llegar á tiempo!)

ELVIRA. (Sollozando en un sillon.) ¡Qué desgraciada soy!

CARLOS. (Estará esperando como siempre que vaya á consolarla... Ea! un momento de decision y ya la amansaré despues. Un dia libre, es un dia. (Váse por la segunda puerta derecha.)

ESCENA IV.

ELVIRA.

Se levanta rápidamente del sillon y vá hácia la puerta tras de Cárlos.

¡Y se vá¡ ¡Lo que nunca ha hecho! (Llamándolo.) ¡Cárlos! Cárlos! Ántes sospechaba, ahora estoy segura. ¡Oh! yo he de averigüarlo todo. Le perseguiré, le acecharé... Pero es posible que á estas horas no sepa yo qué devaneo ocupa su cerebro? Si lograra encontrar algun dato... (Revuelve los papeles de la mesa de despacho.)

Un apunte... un objeto... un nombre... una inicial siquiera. Nada; librotes, papeles, escrituras... (Leyendo un papel.) «Señalamiento...» ¡Qué me importa! (Le tira y coge otro.) «Cuenta de los honorarios.» Bah! (Id.) «Recurso de casacion interpuesto por...» (Id.) Esto es lo que yo necesito, un recurso. (Coge otro papel.) «Véase el libro de las partidas.» Estas serán las partidas serranas! En este libro debe ser donde aprenden todos los maridos. Me aburro, me desespero y no encuentro el indicio más insignificante. Esto es un abuso de confianza, pero no hay remedio, en tales casos todo está disculpado. (Contempla la habitacion con desaliento y baja al proscenio. Despues repara en la carta que dejó Cárlos sobre el velador.) ¡Una carta! Si será... no; hubiera cuidado de guardarla. (La coge y lee.) «Querido amigo.» ¡Qué decepcion! (Vuelve la hoja y mira la firma.) «Tomás Alvarado.» Sí, su antiguo amigote: estoy segura que sólo dirá sandeces. (Deja la carta y vuelve á cogerla.) Pero... quién sabe. (Pasa la vista por la carta y se detiene asombrada.) ¡Qué! (Leyendo.) «Te lamentas de que tu mujer es exigente y celosa; no te quejes, Cárlos: toda tu desesperacion consiste en que no te deja hacer la vida de soltero.» Eso, eso, tiene razon. «Ahora estás apasionado por Catalina, segun me dices, y de fijo es esa la causa de tu desgracia.» ¡Oh, aquí está! «Te han fascinado su belleza, sus encantadoras formas y su dulcísima palabra, y no has reflexionado que es muy distinto el tipo de la mujer que vive á nuestro lado bajo el techo conyugal.» Me ahogo, pero... acabaré... sí. «Lo mismo te apasionaste por la *mujer de Michelet.*» Michelet... esto debió ser cuando estudiaba en Valencia, «y al fin logró aburrirte con sus filosofías.» ¡No puedo más!... Ántes era con otra y casada. Esto es inícuo, espantoso. Ahora resulta que ha sido siempre un libertino... Se me parte la cabeza. (Toca el timbre que hay sobre el velador.)

ESCENA V.

ELVIRA, PRUDENCIO.

PRUD. ¿Señora?

ELVIRA. Agua... un vaso de agua. (Si este supiera algo...) Vas á contestar pronto y sin vacilar á lo que voy á preguntarte. Entiendes?

PRUD. Sí señora, entiendo.

ELVIRA. Daré un paso imprudente? (Reflexionando.)

PRUD. No señora; no debe usted dar ningun paso imprudente.

ELVIRA. ¡Qué estúpido!

PRUD. Me ha dicho usted que contestara pronto y sin vacilar...

ELVIRA. Te prevengo que lo sé todo, pero necesito la confirmacion.

PRUD. ¿La confirmacion? (Asombrado.)

ELVIRA. Sí; sé todo lo que ha pasado, y hasta á dónde ha ido hoy.

PRUD. Entónces... si usted lo sabe...

ELVIRA. Tambien me figuro que se habrá valido de tí... para sus manejos.

PRUD. Le juro á usted que solamente hoy ha sucedido eso.

ELVIRA. ¿El qué?

PRUD. El decirme que la dejara escondida en cualquier parte.

ELVIRA. ¡Esconderla!

PRUD. Á mí se me había ocurrido dejarla en mi cuarto.

ELVIRA. ¿Á quién?

PRUD. ¿Á quién ha de ser? Á la toga.

ELVIRA. Entónces... era farsa que iba á la Audiencia? Lo que me figuraba. Se ha ido á pasar el dia con ella. ¡Qué iniquidad!

PRUD. (Buena la hemos hecho.)

ELVIRA. Y no has llevado ninguna carta sospechosa?

PRUD. Cartas? Ya lo creo.

ELVIRA. Recordarás algun nombre de mujer...
PRUD. Á señoras pocas veces he llevado cartas. Únicamente á la marquesa de Saladino...
ELVIRA. (No puede ser; tiene sesenta años y se llama Ramona.) Haz memoria, á ver otra.
PRUD. ¿Otra? Ah, sí: á doña Josefa de Lima, esa señora de la calle de Atocha.
ELVIRA. Tampoco. Está paralítica hace tiempo. Más, más! apura tus recuerdos.
PRUD. La señora del General Bombin, doña Manuela...
ELVIRA. Sí, sí; la del pleito de la dehesa. ¡Qué desesperacion; Ni una Catalina!
PRUD. Pues ahora recuerdo que he llevado una carta ayer á doña Catalina...
ELVIRA. ¡Ay! (Dando un grito.)
PRUD. Demonio! ¿Qué le pasa á usted?
ELVIRA. Nada, nada, sigue por Dios.
PRUD. Doña Catalina... Pimienta, en la calle de Juanelo.
ELVIRA. Esa, esa es.
PRUD. Y que me costó mucho tropezar con ella, vive en el número quince cuadruplicado y no daba con el piso, hasta que una mujer del patio dijo: Ah, sí, una que canta y la llaman la Canaria; en el tercero interior del centro. Y allí era en efecto.
ELVIRA. La Canaria! Y qué aspecto tiene?
PRUD. Pues es así... una flamenca bastante regular.. (Con malicia.)
ELVIRA. Retírate. No necesito saber más.
PRUD. (Yo no tengo la culpa. Todo estaba bien callado.) (Váse.)

ESCENA VI.

ELVIRA, después PRUDENCIO.

ELVIRA. Es ella misma, no hay que dudarlo. ¡Horror! ¡Soy rival de la Canaria! De una cantadora. Por eso Cárlos dice que encuentra en lo flamenco un agradable sabor na-

cional. ¡Y yo que tocaba el piano para distraerle! No puedo seguir más tiempo en esta casa. ¡Infame! ¡Malvado!

PRUD. (Desde el foro.) Un caballero pregunta por el amo. ¿Qué le digo?

ELVIRA. Que se vaya y me deje en paz. Y si no... espera... Será algun amigo que pueda darme luz. Dile que pase. (Váse Prudencio.) (Yo necesito reunir todos los datos posibles.)

ESCENA VII.

ELVIRA, D. LEON.

LEON. Á los piés de usted. ¿No está don Cárlos?

ELVIRA. Ha salido, pero si quiere usted dejarme algun encargo, ó decirme el objeto de...

LEON. Es extraño; me prometió que estaría á estas horas. Y volverá pronto?

ELVIRA. No ha dicho nada.

LEON. Estará bueno que se haya olvidado de decir tambien á Catalina...

ELVIRA. (¡Ah!) ¿Catalina ha dicho usted?

LEON. Sí señora, Catalina.

ELVIRA. Caballero... por favor... quién es esa mujer?

LEON. ¿Quién ha de ser? La mia.

ELVIRA. ¡Su esposa! ¿Es posible?

LEON. (Á qué vendrá este asombro?) No puedo yo tener una mujer que se llame Catalina?

ELVIRA. Sí; es usted muy dueño. Pero... yo creo haber oido hablar á Cárlos... ¿Es por ventura Catalina Pimienta?

LEON. La misma.

ELVIRA. ¡Ella! Casada! como la de Michelet. ¡Infames!

LEON. Por lo que veo su esposo ha enterado á usted de la historia. Vaya una reserva que me gastan los abogados del dia. Hay cosas que no deben decirse.

ELVIRA. No... si... él ha tenido la más esquisita reserva.

LEON. Ya lo veo.

ELVIRA. Es una villanía!

LEON. No... yo no la echo á ella del todo la culpa.

ELVIRA. (Pero por lo visto este hombre sabe...) No; tanta culpa tiene uno como otro; los dos...

LEON. Y más bien yo. Comprendo que fué un arrebato por mi parte. Pero ya se ha hallado manera de arreglarlo todo sin escándalo.

ELVIRA. Yo no encuentro otro remedio que el divorcio. (¡Oh! la muerte le daría de buena gana!)

LEON. (Esta señora debe estar tocada de la cabeza.) Pues precisamente el divorcio es lo que se trata de evitar, y don Cárlos se ha comprometido á ello.

ELVIRA. Es que no basta que él quiera.

LEON. Su esposo de usted cuenta con la voluntad de Catalina.

ELVIRA. (Tengo un nudo en la garganta.)

LEON. La verdad es que ella huyó del domicilio conyugal, porque yo, irritado por esa pasion que la domina, hice uso de argumentos de bastante peso... (Indica la accion de pegar.) y no sé cómo, porque soy comunmente pacífico.

ELVIRA. De manera que usted conocía ya esa pasion?

LEON. Ya lo creo. Como que es por lo único que pierde el seso. Pero don Cárlos me ha hecho ver que no hay otro medio que el de transigir con ese inocente capricho, ántes de dar una campanada. Por otra parte, yo necesito de ella, no me acostumbro á vivir solo.

ELVIRA. ¡Cómo! ¿No vive con usted?

LEON. (Qué pesadez!) Pues no la estoy diciendo á usted que se marchó? Hace dos meses que no sabía de ella, pero hoy acaban de decirme que se fué á vivir con una tia suya en la calle de Juanelo.

ELVIRA. (Me admira su tranquilidad.) Y usted?

LEON. Yo quiero cuanto ántes que vuelva á mis brazos, y creo conseguirlo, gracias á la intervencion de don Cárlos.

ELVIRA. Ni una palabra más. Es usted tan canalla como mi

marido. Sin hombres como usted, los demás serían honrados.

LEON. (Lo dicho, esta mujer está loca.)

ELVIRA. Cuántos Michelets hay por el mundo!

LEON. Señora... usted no sabe lo que se dice, y por lo tanto me retiro.

ELVIRA. Vamos... si aún viéndolo me parece mentira que tenga usted la poca vergüenza de consentir esa pasion infame... Soy yo mujer, y si cogiera en este momento á mi marido... ¡Dios mio! Y pensar que se estarán riendo de nosotros tal vez ahora en la calle de Juanelo.

LEON. Pero qué laberinto es este?

ELVIRA. Nada... dejarlos que se amen... con toda satisfaccion. Despues de todo, Cárlos es tan digno amante de Catalina, como usted lo es de ser su marido.

LEON. ¡Cómo! Pero él?...

ELVIRA. Qué me importa? Yo no he de volver á verle; voy á marcharme ahora mismo de esta casa para no volver á ella jamás.

LEON. No sé si dar crédito. Pero usted tiene pruebas?

ELVIRA. Aun me viene usted con esa pregunta? Las pruebas... yo sabré presentarlas cuando llegue el caso. En tanto, puede usted ir á presenciar su deshonra tranquilamente á la casa donde hoy habita su Catalina.

LEON. Yo me voy á volver loco tambien. ¡Si fuera verdad! Voy allá, y como los encuentre... (Se vá por la derecha.)

ESCENA VIII.

ELVIRA.

ELVIRA. Me parece un sueño. Cuánta iniquidad, cuánta villanía he descubierto en un instante. No puedo permanecer más en esta atmósfera que me ahoga. Voy á casa de mamá; le contaré toda mi desventura y pedíré desde luégo la separacion. (Toca el timbre.) Sí, ahora mismo. (Sale Prudencio.) Un coche en seguida. Me arre-

glaré de cualquier modo, lo importante es salir. (En el momento de entrar Elvira en su cuarto, sale Cárlos.)

ESCENA IX.

CÁRLOS, despues PRUDENCIO.

Entra mal humorado y tira el sombrero sobre una silla.

CARLOS. Lo que me temía. Con las gazmoñerías de mi mujer me detuve lo bastante para no llegar más que á ver el humo del tren que iba por el puente de los franceses. ¡Qué lástima! Prudencio! (Llamando.)

PRUD. Señor...

CARLOS. Ha ocurrido algo?

PRUD. No señor. (Como le diría yo...)

CARLOS. ¿No ha venido nadie?

PRUD. Un caballero, don Leon Manso.

CARLOS. ¡Ah, si! Se me había olvidado que hoy era el dia señalado para la entrevista de ambos cónyuges... ¡Qué cabeza la mia! Y ha quedado en volver?

PRUD. No ha dicho nada. (Yo no me atrevo á indicarle lo de la toga.)

CARLOS. ¿Y la señora?

PRUD. Está en su gabinete, y me ha mandado avisar un coche para salir.

CARLOS. Bien, déjame.

PRUD. (Allá se las arreglen.) (Váse.)

CARLOS. Me figuro que estará como siempre esperando lanza en ristre, que yo vaya á desarrugar su ceño. Dirá que ha tenido un ataque de nervios monstruoso, pero sin embargo... iba á salir. ¡Qué débiles somos los maridos! Paciencia. Hércules hilaba tambien. (Trata de abrir la puerta del gabinete.) Elvira! Está cerrado. Elvirita! Lo dicho, monitos en perspectiva.

ESCENA X.

CÁRLOS, ELVIRA.

ELVIRA. ¿Qué busca usted en mi gabinete?

CARLOS. Vamos... al ménos cuando te enfadas te vuelves más política. Si me trataras siempre con la misma finura...

ELVIRA. Observo que viene usted de buen humor.

CARLOS. Á pesar tuyo, le conservo. Suponías que vendría incomodado? Pues ahí tienes, lo inesperado tiene sus encantos. Yo me he propuesto llamarte la atencion de alguna manera...

ELVIRA. Será usted capaz de llamar la atencion de todo el mundo, por su descaro y su cinismo.

CARLOS. Elvira, sigues desafinando lastimosamente.

ELVIRA. Ya sé que desafino; otra en cambio cantará mucho mejor que yo.

CARLOS. Tú siempre lo haces sobre motivos del mismo tema, y francamente, esto ya es monótono.

ELVIRA. No ignoro que usted se aburre de mis celos y de mis exigencias. Por eso, para que usted viva feliz y contento, me voy á casa de mi madre para no volver.

CARLOS. (Hasta dentro de un cuarto de hora.)

ELVIRA. Me avergüenzo de haber tenido la debilidad de llamar á usted mi esposo.

CARLOS. *Crescendo*, *crescendo*. ¿Terminaste el ária? Mira... acabemos de hacer comedias.

ELVIRA. Eso es lo que usted ha aprendido á las mil maravillas, pero le diré que es inútil fingir, porque lo sé todo.

CARLOS. Todo?

ELVIRA. Y conservo las pruebas en mi poder.

CARLOS. (Buenas serán ellas.)

ELVIRA. Queda usted libre para extasiarse con las correctas formas de Catalina y con sus encantadoras palabras.

CARLOS. Cómo!

ELVIRA. Hasta que usted se canse, como sucedió con la mujer de Michelet.

CARLOS. ¡Pero... qué dices?¡

ELVIRA. Como la mujer propia no puede nunca atesorar tales encantos, le dejo á usted con ese ideal tan sublíme.

CARLOS. (Esto es que ha leido la carta de Tomás.) Hija, vas á tener celos tambien de...

ELVIRA. Basta. Hemos concluido para siempre. (*Váse por la segunda puerta derecha.*)

ESCENA XI.

CÁRLOS.

CARLOS. (*Vá corriendo tras ella.*) Elvira... oye. Ya sé lo que duran tus eternidades. En cuanto se le pase la furia y se desahogue con su mamá, volverá como siempre. Se conoce que le ha sentado mal ver por la carta de Tomás que la llamo exigente y celosa, y sobre todo, que mi amigo crea que no hay en la vida real una mujer como la que aquí (*Coge el libro del velador.*) pinta don Severo Catalina. Por supuesto, que ella se hubiera evitado ese disgusto no cometiendo el abuso de leer una carta que no le pertenecía. (*Abre el libro distraidamente.*) Tambien es casualidad. (*Lee.*) «Los celos »sólo indican un amor débil, una soberbia nécia, un »convencimiento de la escasez de mérito propio.» Muy bien. Si leyera esto Elvira! (*Sigue despues de pasar algunas hojas.*) «Los celos de la mujer son casi siempre jus- »tos.» (*Con indignacion.*) Despues de considerar los celos como una depravacion dice que son justos en la mujer. Esto es absurdo! ¡ilógico! (*Tira el libro.*) Vaya una consecuencia.

ESCENA XII.

CÁRLOS, PRUDENCIO.

PRUD. Ahí está una señora que pregunta por usted.

CARLOS. Una señora?... ¿Y no ha dicho quién es?

PRUD. Creo que es... esa... Doña Catalina á quien llevé ayer una carta de usted.

CARLOS. Ah! Que pase, que pase.

PRUD. (Qué escándalo!) (Váse.)

CARLOS. Buen humor tengo yo ahora para arreglar matrimonios!

ESCENA XIII.

CÁRLOS, CATALINA. (1)

CARLOS. Señora... á los piés de usted.

CATAL. No ha venido aun mi marido?

CARLOS. Sí, pero se marchó por no estar yo en casa. Supongo que volverá.

CATAL. Entónces.., esperaré.

CARLOS. Como usted guste. Tome usted asiento.

CATAL. Gracias. (Sentándose.)

CARLOS. Supongo que vendrá usted decidida á transigir. (Sentándose á su lado.)

CATAL. Yo? Á él le toca ese papel. Ya vé usted, el arte reclama mi persona. Usted sabe bien que la causa de todo fué mi empeño en seguir dedicándome al canto; él quiso taparme la boca, yo seguí en mis trece, hasta que ese... bárbaro hizo uso de... malas formas, y...

CARLOS. Si, sí, lo sé todo. Fué un arrebato que hoy lamenta.

CATAL. Más lo lamenté yo. Por eso escapé y no ha vuelto á verme. Estoy acostumbrada á otro trato.

CARLOS. Bien, pero ya reconoce que ha hecho mal y está dispuesto á remediarlo, uniéndose á usted y consintiendo que se dedique al arte lírico.

CATAL. Dios quiera que así sea. Si no, volveré á tomar las de Villadiego. ¿No comprende usted, que es una atrocidad cortarme la carrera en lo mejor de mi vida artística? Ya vé usted, no es porque yo lo diga, pero todos

---

(1) Catalina debe tener una pronunciacion semi-andaluza, bastante afectada.

mis amigos me llaman la estrella del canto moderno.

CARLOS. (Qué amigos tienes, Catalina.)

CATAL. En fin, para haber ganado con mi garganta el título de Canaria...

CARLOS. Ya necesita usted haber trinado mucho y bien. La gloria de los epítetos, está sólo reservada á las notabilidades.

CATAL. Y sin embargo, el estúpido, el prosáico Leon, se empeñaba en que yo no había de cantar.

CARLOS. (Bueno le está poniendo.)

CATAL. Pero yo ya se lo dije, y lo repito: ántes que esposa, soy artista.

CARLOS. (Mejor dicho, todo ántes que esposa.) Afortunadamente, pasa por sus aficiones con tal de volverla á tener á usted en sus brazos.

CATAL. Ay, calle usted, me dá horror. ¡Un hombre tan grosero y tan bruto! Yo que soy toda sensibilidad y que tengo el alma templada para el amor...

CARLOS. (Me parece que está algo más que templada.) Pobre don Leon.

CATAL. Mire usted, cuando se acerca á mí, se me figura que viene el invierno.

CARLOS. Pero eso, dispénseme usted que se lo diga, debió usted reflexionarlo ántes de dar el paso matrimonial.

CATAL. Es que cuando una se casa, no sabe una lo que se hace.

CARLOS. Eso nos pasa á nosotros; pero ustedes que lo hacen siempre con premeditacion y alevosía...

CATAL. Ay, no; nosotras sólo nos toca ver venir.

CARLOS. Al contrarío; el hombre es el pájaro que va á coger el grano de trigo que la mujer le presenta rodeado de lazos y trampas que ella cuida de ocultar muy bien.

CATAL. Yo no he ocultado ninguna trampa á mi marido.

CARLOS. (Dios lo sabe.)

CATAL. De todos modos, confieso que no supe lo que me hacía al casarme con Leon, porque no es mi tipo.

CARLOS. Pues ya es irremediable el mal, y debe usted pro-

curar...

CATAL. ¡Ay!

CARLOS. ¿Va usted á cantar?

CATAL. Yo hubiera deseado un hombre jóven, fino... amable... en correspondencia conmigo... en fin, uno así... por el estilo de usted.

CARLOS. (Caracoles, Carlitos, cuidado... Y el caso es que está muy apetecible esta mujer.) ¡Oh, muchas gracias!...

CATAL. Los dos jóvenes... ¿Á que usted es feliz con su mujer?

CARLOS. Le diré á usted...

CATAL. Tendrán ustedes un solo pensamiento, una sola voluntad...

CARLOS. Sí... (La suya hasta ahora.) Y repito que es más que aceptable. (Mirándola.)

CATAL. (Mirándole con insistencia y malicia.) Vamos, diga usted la verdad. ¿Á que se llevan ustedes mejor que nosotros?...

CARLOS. Es cierto... (¡Cómo me mira!... Si tendré que echar el ancla para evitar vaivenes.)

CATAL. ¿Lo vé usted como tengo razon?

CARLOS. (Cada vez me va pareciendo más hermosa...)

CATAL. Mire usted que yo... mujer de Leon... es como echar margaritas...

CARLOS. (Despues de una pausa.) (Creo que me hubiera convenido más estar en el Escorial.) (Tose.) ¡Qué calor!

CATAL. ¿No dice usted más que eso?

CARLOS. No... Sí... Como está todo cerrado, la atmósfera...

CATAL. Sí... La primavera...

CARLOS. Cierto, está muy avanzada... Voy á abrir. (Va á abrir el balcon.)

CATAL. Avanzada... Ya lo creo... Como que está ya todo lleno de lilas...

CARLOS. ¿Será una indirecta? Pero... no importa; ahoguemos el amor propio.

CATAL. Que pronto se ha acabado la conversacion. (Se miran, y Cárlos se decide á acercarse.)

CARLOS. Por mí... (Ni San Antonio hubiera sido capaz de re-

sistir.) Hablaré de lo que usted quiera... Catalina. (Cuando Cárlos, emocionado, va acercándose á Catalina, D. Leon y Prudencio, éste, oponiéndose á la entrada de aquél, aparecen por la derecha.)

ESCENA XIV.

DICHOS, D. LEON y PRUDENCIO.

PRUD. Que no se puede.

LEON. (Dándole un empujon y quitándole de enmedio.) ¡Cómo que no se puede! (Entra precipitado y se dirige á Cárlos y Catalina furioso.) Aquí están... ¡Canalla! (Á Cárlos cogiéndole del cuello.)

CATAL. ¡Mi marido!

CARLOS. ¿Qué es esto? (Buena la hemos hecho si ha oido...) Caballero, esta agresion...

LEON. Me le voy á comer á usted vivo.

CARLOS. Necesito que usted me explique... Ante todo, suélteme usted. (Logra desasirse.)

LEON. ¿Explicacion? Usted es el que va á dármela. (Á Catalina.) Y tú, pájara infame...

CATAL. ¿Yo? Veo que sigues como siempre.

LEON. ¿Por qué han cesado ustedes en su tierno coloquio? Ahora mismo van á continuar; quiero presenciarlo. (Cogiendo á Cárlos de un brazo y acercándole á Catalina.). Ahí juntos, como estaban.

CARLOS. Pero hombre... usted está demente.

CATAL. (Á Cárlos.) Y quería usted que yo volviera á unirme á ese... rinoceronte.

LEON. (Amenazándola.) No cantes más, porque... te estrangulo. De todos modos no sale de aquí ninguno de los dos con pellejo; pero ántes quiero ver cómo se arrullan un gomoso y una suripanta.

CATAL. Eres un grosero.

CARLOS. Y no puedo saber?...

LEON. Nada; no tengo que decir nada. Veo que su mujer estaba en autos. (Á Cárlos.)

CARLOS. ¡Mi mujer!

LEON. De esta hecha no vuelve usted á desarreglar más matrimonios. (Á Catalina.) Ni tú á hacer más gorgoritos. Conque se entregaban al amor á sus anchas en la calle de Juanelo?

CATAL. Estás ciego como acostumbras.

CARLOS. Presentará usted las pruebas de una acusacion tan enorme.

LEON. Pruebas, eh? Ya vendrán, pero despues que hayan quedado aquí dos cadáveres.

CARLOS. ¡Qué hipopótamo! (D. Leon saca un revólver.)

CATAL. ¡Ay! Defiéndame usted, don Cárlos!

CARLOS. Yo? No me vuelvo á encargar de la defensa de nadie. (Á D. Leon.) Usted se arrebata.

LEON. Ea, prepárense ustedes...

CATAL. (Á Cárlos implorando su defensa.) Por Dios, usted que pertenece al sexo fuerte, caballero...

CARLOS. Déjeme usted ahora de caballerosidades...

LEON. Concluyamos. Para justificar mi resolucion es preciso que mueran abrazados; así cuando los vean comprenderán que los he cogido *infraganti*.

CARLOS. Demonio!

LEON. Conque á abrazarse. (Amartilla el revolver.)

CATAL. Don Cárlos, conozco á mi marido. De todos modos hemos de morir, conque... (Yendo á abrazarle: Cárlos la rechaza.)

CARLOS. Déjeme usted en paz. (Á D. Leon.) Pero esto es inícuo: no es de caballeros una emboscada semejante.

CATAL. (Morir tan jóven y á manos de ese buitre.)

LEON. ¡Silencio! (Apunta con el revolver. Cárlos y Catalina dan un grito, y esta corre á abrazarse á D. Cárlos.)

ESCENA XV.

DICHOS, ELVIRA.

ELVIRA. ¡Qué es esto!

LEON. Ahí los tiene usted á los dos.

CARLOS. (Á Elvira.) Gracias á Dios que eres una vez oportuna.

ELVIRA. Esta mujer es?...

LEON. Catalina.

ELVIRA. ¡Ella! (Mirándola.) Y esta es la sobre natural belleza?

CARLOS. (Á Elvira.) Me explicarás todo esto puesto que ese hombre dice que tú...

ELVIRA. Aun se atreve usted á dirigirme la palabra? Yo vengo á esta casa solamente á recoger lo que es mio y á dejar para siempre en ella lo que no me pertenece. En cuanto á esa execrable mujer...

CATAL. Oiga usted, señora; ¿qué tiene usted que decir de mí?

LEON. Y aún se atrevía á pedirme pruebas!

CARLOS. Pues es claro.

LEON. Despues que los he cogido juntos.

ELVIRA. Le conozco muy bien. Á pesar de eso negará todavía.

CARLOS. Yo no niego que estuviéramos juntos. (Á D. Leon.) Usted sabe muy bien que ha venido citada por mí con objeto de tener con usted una entrevista.

CATAL. Si ya lo sabe.

ELVIRA. Pero hipócrita, todavía se empeña usted en disimular? ¿No ha comprendido usted aún que tengo en mi poder la carta de su amigo Tomás que declara la pasion de usted por esa mujer, y sus anteriores relaciones con la de Michelet?

CATAL. Mire usted bien lo que dice. (Á que todavía vá á ver aqui un dos de Mayo?)

CARLOS. Pero qué has dicho? ¡Infeliz! Catalina... Michelet... Já, já. (Riéndose estrepitosamente.)

ELVIRA. Y se rie!

LEON. No se reía así hace un momento.

CARLOS. Conque la Catalina y la mujer de Michelet que cita la carta de Tomás han sido la causa de todo esto? Los dos filósofos habian de ser! (Coge el libro de Catalina y se le enseña á su mujer.) Lee el título de ese libro.

ELVIRA. (Leyendo.) «La mujer.»

CARLOS. ¿Quién es el autor?

ELVIRA. (Leyendo.) «Don Severo Catalina.»

CÁRLOS. Esa es la Catalina causa de tus celos. (Coge otro libro y se lo enseña igualmente.)

ELVIRA. (Lee.) «La Mujer, por Michelet.»

CÁRLOS. Michelet, á quien creías marido de mi víctima, ó víctima de tu marido.

CATAL. (Á Elvira.) Vamos! Y usted me ha tomado á mí por una novela?

LEON. (Á Elvira.) ¡Señora!... Y eran esas todas las pruebas?

ELVIRA. (Á Cárlos.) Pero... y la salida de esta mañana?

LEON. ¡Vaya una salida!

CÁRLOS. (Sacando una tarjeta y dándosela.) Ahí tienes la tarjeta de mi amigo Espinares que me invitaba á pasar el dia en el Escorial, y como eres así... no quise decírtelo. Llegué tarde al tren...

LEON. ¿De modo que he estado á punto de hacer una barbaridad? Siempre pasa lo mismo cuando uno se fia de mujeres. Catalina, todo ha variado. Ya sabes que yo, salvo algunas ocasiones, tengo buen carácter. Canta lo que quieras y vivamos juntos.

CATAL. Siempre que yo pueda gastar tambien revólver.

CÁRLOS. Todo este laberinto lo ha ocasionado un delito grave: el de abusar de mi confianza leyendo una carta que no te pertenecía.

¿Te servirá de enseñanza?

ELVIRA. Si es digno tu proceder...
prometo no cometer
abusos de confianza.

TELON.

ZARZUELAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion.
4	3	Á un sí un no	1	Sres. J. Usúa y T. Reig	L. y M.
»	»	¡Cómo está la sociedad!	1	Burgos, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	Contratos al vuelo	1	Minguez, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	Dos escéntricos	1	D. Ángel Rubio	M.
4	2	El chiripero	1	Sres. Luis Cocat y Reig	L. y M.
»	»	El faldon de la levita	1	I. Hernandez	M.
4	1	El mono Tong-Kong	1	Santa María y Reig	M. y 1[2 L.
»	»	El lápiz magico	1	D. Tomás Reig	M.
»	»	El proceso del sainete	1	Sres. Navarro y Reig	L. y M.
»	»	El tambor mayor	1	Jaques y Romea	L. y M,
9	5	Ellos y nosotros, segunda parte de ¡Eh!... ¡Á la plaza	1	Pina, Burgos y Rubio	L. y M.
»	»	Enredos y compromisos	1	D. José Olier	L.
»	»	Fanchete	1	José Rogel	M.
3	3	Flamencomanía	1	Sres Castilla, Navarro y Rubio	L. y M.
»	»	Fortuna te dé Dios, hijo	1	D. Calixto Navarro	L.
3	2	Golpes, fagina y retreta	1	Sres Cardin y Cabas	L. y M.
2	2	Jugar con trampa	1	Diaz Barroso y Reig	L. y M.
7	4	La mantilla blanca	1	Gorriz, Rubio y Espino	M. y 1[2 L.
3	2	La mar de chiquillos	1	D. Francisco Macarro	L.
7	4	La oraciou de san Antonio	1	Pedro Escamilla	L.
»	»	La vuelta de Ruiz	1	Sres. Gorriz, Rubio y Espino	L. y M.
3	2	Meterse en honduras	1	Flores García, Rubio Espino.	L. y M.
2	3	Otelo y Desdémona	1	Calisto Navarro	1[2 L.
»	»	O último figurino	1	D. José Rogel	M.
»	»	Para palabra, Aragon	1	I. Hernandez	M.
3	1	Pobre Gloria	1	Eusebio Sierra	L.
14	4	Política y Tauromaquia	1	Búrgos, Rubio y Espino	L. y M.
6	4	Tipos al amanecer	1	Sres Eguilaz y S. Rubio	L. y M.
»	»	Un lio en el ropero	1	D. Tomas Reig	M.
3	1	Valiente pesca	1	Isidoro Hernandez	M.
5	1	Valiente sobrino	1	Sres. Cardin y Zapata y Rey	L. y M.
»	»	De Cádiz al Puerto	2	Flores García y Romea, Rubio y Espino	L. y M.
»	»	De la noche á la mañana	2	Lastra, Ruesga, Prieto, Chueca y Valverde	L. y M.
»	»	¡Eh, á la plaza! Ellos y nosotros	2	Pina, Búrgos y Rubio	L. y M.
»	»	Noches de Madrid	2	D. Tomás Reig	1[2 M.
»	»	Romao é etcétera	2	José Rogel	M.
»	»	Fatinitza	3	Franz Suppé	L. y M.
14	2	La cruz de fuego	3	José Estremera	L.
9	7	Os dragoes d'Rey	3	José Rogel	M.
10	2	San Franco de Sena	3	Sres. Estremera y Arrieta	L. y M.
»	»	Un marido de Sobejo	3	D. José Rogel	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá; de *Don Manuel Rosado* y de los *Sres. Córdoba y Compañía,* Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja,* calle de la Paz, y de los *Sres. Simon y Compañía,* calle de las Infantas.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.